Dádiva y ofensa

Diego Garrote

Capítulo 1

Tras media hora de espera me pidió que pasase al despacho. Sentado tras su imponente mesa de madera, fajos de papeles y volúmenes apilados a ambos lados, el hombre indicó con un ademán que tomase asiento.

–¿Cuánto tiempo llevas con nosotros?

En los registros constaba todo sobre mí, por lo que si deseaba respuesta para una pregunta tan sencilla solo tenía que realizar una consulta rápida.

–Seis años, señor.

Tomó un pesado abrecartas. Tras mirarlo largo rato sin otro propósito que poner en orden sus pensamientos (o quizá que yo hiciese lo propio con los míos) dijo:

–Seis años siendo fiel. Sin ninguna queja por tu parte ni por la nuestra. ¿Consideras que estás preparado para pasar a tareas de mayor calado?

–Sí, señor. Así lo considero.

Abrió un cajón y depositó un breve archivo sobre la mesa.

–Contiene lo necesario para mañana por la noche.

Me consideraban de los suyos, pero antes debía realizar bien la tarea que tenían pensado cargar sobre mis hombros. Leí por encima algunas instrucciones.

–Creo que está bien detallado, pero si te ronda algo por la cabeza no dudes en preguntar. Mejor ahora que puesto en faena.

–No, señor, como bien dice usted, las instrucciones son precisas.

–Entonces manos a la obra. Cuanto antes te pongas en marcha, mejor.

Salí con el archivo bajo el brazo.

En mi apartamento tomé algunas notas. Me serví otra copa. Llamé a Dean el Eunuco.

–¿Cómo va eso, Marcus? –dijo con su voz de niña; es lo que tiene que te arranquen las pelotas con un garfio oxidado.

–Me encargaron la tarea de mañana. –Le dejé que silbase de admiración. –Voy a pasar por ahí.

–¿Hoy?

–Avisa a Stella Blackwing. –Según las notas aquella mujer me proporcionaría lo más importante.

–¿Qué tal dentro de tres horas? ¿Te viene bien?

Me venía bien. Colgué y terminé la copa. Tenía que realizar otro encargo antes de dejarme caer por donde Dean . Enfundé el abrigo, calé el sombrero y salí.

La campanilla sonó cuando abrí la puerta de la tienda. El local yacía sumido en sombras, a excepción de un par de candelabros en la pared, cuyas llamas proyectaban sinuosas danzas en las baldosas del suelo. La mujer, que según mis notas recibía por nombre la Gorda Melba, pasaba la lengua por los labios pintados de rojo, dos morcillas que hacían juego con mofletes y papada. Al verme dejó suspendida la lengua sobre la morcilla inferior y me miró de soslayo entre el humo del puro que descansaba en el cenicero.

Me quité el sombrero ante aquella mujer que poco tenía de dama y me presenté:

–Me llamo Marcus Slade.

–¿Ah, sí? –Si el Eunuco tenía voz de nena, aquella mujer poseía el vozarrón de un obrero de astillero. –¿Qué puedo hacer por usted, Marcus Slade?

Dejé la hoja sobre el mostrador. La recogió sin dejar de mirarme. Entonces escurrió los ojos para leer lo anotado. Removió toda su majestuosidad del taburete y avanzó a trompicones hacia la puerta. Dio la vuelta al letrero y echó la llave.

–Acompáñeme a la trastienda.

Una vez allí, rodeados de velas consumidas en ceniceros, cuyos pegotes yacían secos, sacó de la nevera una caja de cartón abollada y medio húmeda. Me guiñó un ojo cuando detectó mi ceño fruncido; conseguí reprimir el escalofrío que me causó su gesto.

–No tema, Slade. El continente puede que no sea gran cosa, pero el contenido es de primera calidad.

Abrió la caja. Los frascos repiquetearon. Melba los posó en la mesa, alineados como para pasar revista, cosa que en cierto modo sí hacían. Melba exhaló el humo del puro por la nariz y dejó la colilla, babada, en un cenicero.

Tomé un frasco. No estaba etiquetado; ninguno lo estaba. Como si adivinase lo que cruzaba por mi mente, la mujer dijo:

–Tengo la lista de propietarios, si desea verla.

–No será necesario siempre y cuando pertenezcan a seres humanos.

Sus mofletes, ya de por sí rojos e hinchados, se colorearon e inflaron todavía más, burbujas de lava a punto de eclosionar.

–¿Qué coño insinúa? Yo misma recolecté estas muestras con mis propias manos.

Regresaron los escalofríos. Dije:

–¿Cuántas muestras contiene la caja?

–Veinte.

–¿Cuántas cajas tienes?

–Cuatro.

Saqué la billetera. Conté el dinero. Lo deposité sobre la mesa.

–¿Suficiente por las cuatro?

La mujer abrió los ojos sin que su vozarrón delatase la más leve sorpresa.

–Suficiente, joder que sí. Esta vez vais a montar una buena fiesta.

Guardé las cajas en el maletero del *Oldsmobile* y puse éste en marcha hacia mi siguiente destino. Dean el Eunuco regentaba un antro que solo servía *bourbon* y donde la clientela que se adentraba en aquella cueva abarcaba toda la degradación que puede alcanzar el ser humano: alcohólicos, putas, maricones, fugitivos, algún que otro mafioso de medio pelo... La puerta de aquel callejón estrecho que siempre apestaba a coles hervidas permanecía abierta a todo aquél que no se respetase a sí mismo, menos aún al prójimo.

Cuando acostumbré los ojos a las tinieblas y la nariz a los efluvios a

sudor rancio y orina alcancé la barra, donde un par de inviduos se comían los morros como si no hubiese un mañana. La voz quebrada de una mujer entonaba una canción de hermosa letra que su tono convertía en blasfemia; procedía de un reservado cubierto de oscuridad. Solo la punta de un cigarrillo centelleaba allí.

Dean el Eunuco arrastró los pies hasta el extremo de la barra en el cual me situé.

–¿Cómo va la vida, Slade?

Respondí con un gruñido. Dejó bajo mi nariz una botella y un vaso que llenó hasta arriba.

–Dame otro vaso –dije–. Éste parece que acaba de salir de tu culo.

–¡Ja! Qué fino el tío. Como si no hubieses bebido de recipientes peores -Me guiñó un ojo. –Y tragado cosas peores.

Uno de los invertidos rió por lo bajo, pobre ignorante que jamás alcanzaría a comprender a qué se refería en realidad Dean, que bebió él la copa y me sirvió otro vaso un poco más limpio.

–Conque ahora eres el encargado de los preparativos, ¿eh? Has escalado puestos, rubio.

–Si todo sale bien, sí.

–Es bueno ponerse metas en la vida.

–Lo bueno es alcanzarlas. ¿Tienes la mercancía?

Hinchó un lado de la boca con la punta de la lengua.

–Si tú tienes la pasta, sí.

Saqué la billetera. Conté el dinero. Lo deposité sobre la barra. Fui consciente de las miradas famélicas que se abalanzaron sobre el fajo de billetes, aunque nadie dijo ni hizo nada; todos sabían de la recortada que Dean escondía bajo la barra. De allí recogió la mercancía, dos cajas semejantes a las que descansaban en mi coche, aunque con contenido distinto. Abrí una y atisbé su interior.

–Sangre de primera. Mi prima trabaja en el hospital –dijo Dean, aunque a mí me importaba una mierda–. El trato es que le incrusto por el culo una porción considerable del palo de una escoba, ¿sabes? Siempre el mismo palo, que limpia y mima con amor.

–Los asuntos familiares no se airean. Y nadie te preguntó. ¿Hablaste con esa mujer, la Blackwing?

–Ajá. –Señaló con la cabeza repleta de caspa el reservado del fondo.

Encajé las cajas bajo el brazo y fui hasta donde la voz gastada seguía con la misma canción.

–¿Stella Blackwing?

Dejó de cantar. La punta del cigarrillo brilló con fuerza.

–¿Quién quiere saberlo?

–Alguien llamado Marcus Slade.

–No conozco a nadie con ese nombre -La brasa del cigarrillo se abalanzaba arriba y abajo.

Bajé la voz.

–Pero sí conoce a Rampsey Stevenson.

–No en persona. Siéntese, amigo.

Me escurrí en el reservado, las cajas contra la pared, rozando mi muslo.

Ahora que estaba frente a la mujer, sumido en su compañía en aquella pesada penumbra, pude ver cómo era la propietaria de tan peculiar voz. Poseía una piel tan blanca que resaltaba las sombras azuladas de las venas en el cuello y el huesudo escote. Los globos oculares estaban a punto de abandonar las cuencas y los labios apretados poseían la tonalidad de la ceniza que dejaba caer sobre la mesa; toda ella recordaba a un cadáver recién extraído del agua.

–¿Dean no le habló de mí? –dije, dejando el sombrero sobre las cajas.

–Sólo ladró que alguien estaba interesado en hacer negocios. Alguien en quien confía. Procedente de ese tipo no significa nada. Aunque si eres del grupo de Stevenson...

Encendí un cigarrillo.

–Soy de su grupo.

–Así que eres el encargado de la fiesta de mañana. Una tarea delicada.

–Stevenson confía en mí.

–Desde luego. El hombre hila fino. ¿Qué tiene planeado? ¿Lo de siempre? Seguro. Sanas, jóvenes y sobre todo vírgenes. Ah, el poder de la virginidad. O el morbo, ¿eh?

Stella Blackwing hizo un mohín con los labios, un pez boqueando.

–No es del todo así –dije.

–Por supuesto que no.

–Esta vez con una será más que suficiente. Eso sí, ha de ser especial.

–¿Especial en qué sentido?

–Quieren a Meredith Gibson.

Su mirada brilló. Tembló la mano que llevó el cigarrillo a los labios.

–Estáis locos. Todos y cada uno de vosotros.

–Mis instrucciones son pagarte el doble por ella.

Stella Blackwing se me quedó mirando, intentando hacerse la importante. Si buscaba impresionarme de algún modo, nada lograba. Su piel enferma, los huesos marcados... eso sí impresionaba. Al cabo, cuando comprendió que la expresión de mi cara no se inmutaba, dio toquecitos sobre la mesa con uñas largas unas, roídas otras. Frunció el ceño.

–¿En serio? -dijo, estupidez a la que no respondí. -Llevo unos años proveyendo a Stevenson. Esto que pide sale de lo común en el ya de por sí poco común trato que tenemos.

No repliqué.

–Stevenson –dijo al tiempo que expelía el humo– está preparando algo gordo.

-¿Aceptas?

Sorbió la nariz y se repantingó en la silla.

–Necesito veinticuatro horas.

–Las tienes.

–Mañana a esta hora en el *Rhapsody*. ¿Sabes dónde queda?

Asentí. Calé el sombrero, recogí las cajas y dejé a la mujer en la oscuridad. Me despedí del Eunuco con un movimiento de cabeza.

Capítulo 2

En el *Rhapsody* el tipejo de recepción leía parapetado tras un periódico sin prestarme atención. Aplasté el cigarrillo en la arena del tiesto dispuesto para tal fin y me incorporé al ver entrar a Stella Blackwing. Me miró por el rabillo del ojo sin decir nada y la seguí escaleras arriba; aquel cuchitril carecía de ascensor. Una vez en la habitación se sentó en la cama de ropas quemadas por cigarrillos y prendió uno. Me apoyé en la puerta con las manos en los bolsillos del gabán.

–¿Y bien? –dije.

–¿Tienes el dinero?

Saqué una mano del bolsillo. Le brillaron los ojos al contemplar el sobre. Golpeé el muslo con él.

–¿Y bien? –insistí.

Balanceó una pierna y me estudió con ojos entrecerrados. Quizás en tiempos fue atractiva. Quizás. Sacó a su vez una nota y la dejó en la mesilla. Me acerqué y dejé caer el sobre en su regazo. Lo abrió con torpes dedos. Leí la nota. La guardé y mantuve la mano en el bolsillo.

–Jo-der –exclamó.

Stella Blackwing repartió los billetes sobre la cama como barajas de mil partidas de cartas.

–Jo-der.

–Está todo, pero haces bien en contarlo. –Aunque no me gustaba que lo desperdigase así.

–Oye, Slade, ¿sabes por qué te pedí que nos viesemos aquí y no en el tugurio del Eunuco?

Me encogí de hombros. A mí me venía de perlas.

–Porque así tenemos más intimidad. –Guiñó un ojo y alargó la mano para agarrarme la entrepierna. –Follemos sobre todo este dinero, ¿eh?

La idea era buena, no así la mujer con la cual llevarla a cabo. Me bajó la bragueta y hurgó. Acercaba la boca cuando retiré la mano del bolsillo en torno a la culata de la pistola.

Sesos y sangre se desperdigaron sobre el dinero. Dejé los billetes más salpicados y devolví el resto al sobre. Salí por la escalera de incendios, puse el coche en marcha y me dirigí a la dirección dada por la Blackwing: la Residencia para Señoritas de Mrs Andrews.

Noche cerrada cuando salté la verja y atravesé el patio a la carrera. A excepción de una el resto de ventanas se presentaban a oscuras. Forcé la entrada de atrás. Iluminé la zona con la linterna. La cocina. El halo refulgió en cacerolas impolutas. Salí al pasillo, una galería cubierta de cuadros. Todo limpio, nada fuera de lugar. Cómo un sitio así había contratado de cocinera a Stella Blackwing era algo que se me escapaba.

La moqueta de las escaleras ahogó mis pisadas. La planta superior era un cúmulo de silencio; ni un susurro atravesaba los cuartos cerrados,

todos numerados con placas en las puertas. Agarré el tirador de la 16 y abrí despacio. Emitió apenas un siseo. Me colé entre el poco espacio que dejé abierto y empujé la puerta sin cerrarla del todo. Aguanté la respiración, y la pulsación de la sangre en mis oídos fue cuanto capté. Al acostumbrar la vista a la oscuridad descubrí dos camas, una a cada extremo del cuarto, una mesilla de noche y una alfombra entre ambas, sendos escritorios en cada extremo. Un ovillo se cobijaba en la cama de la izquierda, ondas negras desperdigadas por la almohada. En la otra no había nadie. Era la que me interesaba. El cobertor estaba a los pies de la cama. Dos pasos y me situé sobre la alfombra. Palpé las sábanas apenas arrugadas. Todavía calientes.

La chica se agitó y rascó la nariz. Permanecí inmóvil, la mano en el bolsillo, en torno a la pistola, la medida drástica. No fue necesaria. La juventud duerme imperturbable aunque el infierno se abra bajo sus pies. Sonreí a ese pensamiento y salí al pasillo, que crucé hasta alcanzar una de las escasas puertas no numeradas. Un vago destello se filtraba bajo ella. Aplasté la oreja. Nada. Saqué el frasco y vertí un poco de su contenido en el pañuelo. Abrí. Los servicios. La luz procedía de la luna. Olía a tabaco. La muchacha expelía el humo por la ventana abierta, una bata rosa sobre el camisón. Susurraba una canción entre dientes.

Mis zapatos crujieron por un momento. En un acto reflejo, quizá creyendo que una de las supervisoras la había pescado, lanzó el pitillo por la ventana y se dio la vuelta, todo en un único movimiento. La sorpresa la inmovilizó, detalle que aproveché para aplastar el paño húmedo contra su boca entreabierta.

Capítulo 3

Cargar con ella hasta el coche no fue problema. Era delgada, y descalza apenas me llegaría a los hombros. Cerré el maletero tras amordazarla e inmovilizarla de pies y manos. Hice una llamada desde un *drugstore*.

Estacioné en el aparcamiento del motel situado a las afueras, en el que había reservado habitación aquella tarde tras una exhaustiva búsqueda de un sitio de la peor ralea. Allí nadie metía las narices en los asuntos de los demás, pues cada cual llevaba algo entre manos. De todos modos había calculado que no iba a permanecer allí más de una hora. Dos, a lo sumo. El letrero de neón con la mitad de letras fundidas derramaba la luz rojiza que le quedaba sobre el pavimento, sobre mí y sobre el bulto que transportaba tapado con la manta.

La dejé en la cama que intuí llena de chinches. El rojo del letrero se filtraba a tráves de las grasientas cortinas. Alcanzaba a lamer la mitad izquierda del cuerpo de la muchacha, tornándose más intenso al chocar en sus cabellos rojos.

Arrastré la silla y tomé asiento junto a la ventana sin molestarme en quitar gabardina y sombrero. Fumé. Estudiaba su respiración.

Treinta y cuatro minutos más tarde intentó despegar los párpados. Todavía le costaba. Llené un vaso con agua en el baño e hice que bebiese unos sorbos tras bajarle la mordaza. Abrió un ojo del todo, el otro a medias. Pasó la lengua por los labios y le di más agua. Con voz pesada dijo:

–¿Quién...? ¿Qué ocurre?

–¿Quieres más agua?

Sacudió muy despacio la cabeza.

–¿Dónde estoy?

Volví a subirle la mordaza. Gruñó algo bajo ella sin demasiado entusiasmo. Cuando escuché el coche el otro ojo yacía abierto como su hermano, y miraba aterrada en derredor, agitando los miembros sin conseguir más que arrugar la ropa de cama. Arrojé la colilla a la taza del váter. Miré por la ventana. El conductor dejó el motor sin apagar mientras aguardaba al volante. Bajó un fulano frotándose la manos. Le abrí.

Sacó el sombrero, pasó la mano por el cabello ralo y volvió a encasquetárselo.

–¿Tuviste algún problema?

Sacudí la cabeza.

–¿Mataste a la Blackwing?

Asentí.

–¿Recogiste el dinero?

Le arrojé el sobre. Lo abrió. Arrugó el ceño.

–¿Esto es sangre?

–Batido de chocolate.

–Es sangre.

–Para qué preguntas.

–Te crees importante ahora que confían en ti, ¿eh? Quizá lo merezcas después de todo.
–Quizá.
Me miró unos segundos antes de torcer la cara en una sonrisa. Dirigió la vista a la muchacha, atenta a ambos.
–Querida –le dijo– tu momento de gloria está a punto de llegar. Mañana por la noche, para más señas.
Ella intentó decir algo.
–No te entiendo, encanto. ¿Es necesario tenerla amordazada? Aquí estarán acostumbrados a los gritos.
–No quise arriesgarme.
–Dudo que muerda. –Se sentó en la cama y apoyó una mano en la pantorrilla de la chica. –A que si te quito la mordaza no vas a morder ni a gritar, ¿verdad encanto?
Alargó la mano. La muchacha no gritó ni mordió. Dijo sin alzar la voz:
–Bastardos hijos de perra, ni os atreváis a tocarme.
–Esa boca, niña. Seguro que los coños secos del Mrs Andrews no aceptan ese lenguaje.
–Que las follen a ellas y os follen a vosotros, maricones picha flojas.
El tipo silbó.
–Qué vibora.
–No tenéis ni puta idea de quién soy, de quién es mi padre.
–Te equivocas. Lo sabemos todo sobre tu padre. Todo sobre ti. Por eso te seleccionamos.
Abrió más los ojos.
–¿Para qué?
–Mañana lo sabrás.
Volvió a amordazarla. Me situé detrás del fulano. Pregunté:
–¿Dónde es el siguiente punto de reunión?
–La vieja fábrica de carbón. De acuerdo, es hora de llev...
La hoja del cuchillo que le ensarté en la nuca asomó por la garganta, a la altura de la nuez. Sacudió las manos y borboteó. La sangre brotó por la boca. La muchacha se sacudió hasta caer de la cama, boca abajo. Retiré la hoja. Pasé sobre la muchacha y lavé el cuchillo en el baño. Lo sequé con la toalla. Seguía revolviéndose. Salí y crucé hasta el coche. El conductor bajaba la ventanilla. Rompí el puente de su nariz de un puñetazo y le abrí la garganta. Volví a poner el cuchillo bajo el chorro de agua y a secarlo con la toalla.
Guardé el dinero, devolví la muchacha, que no dejaba de patalear, al maletero y puse el coche en marcha.

Capítulo 4

Regresar a mi apartamento estaba prohibido. Toda mi antigua vida lo estaba. Carecía de importancia. La recompensa valdría la pena. Consulté el reloj. Debía aguantar con vida veinte horas. Veinte intensas horas.

Abrí el maletero.

–Voy a quitarte la mordaza. Da igual cuánto grites. Nadie va a oírte.

Me escupió en cuanto lo hice.

–Hijo de perra.

Limpié la cara con la manga del gabán y la abofeteé hasta que sangró por el labio. Se le anegaron los ojos, pero retuvo las lágrimas. La saqué del maletero evitando que sus pies me alcanzasen el vientre y la senté en el suelo, contra el coche. Saqué un cigarrillo que encajé en sus labios, evitando el corte. Rasqué una cerilla y prendí también el mío.

–Lo váis a pagar.

–No lo digas en plural. Ahora estamos tú y yo juntos en esto.

Retiré el cigarrillo de sus labios para que soltase el humo. Volví a dejarlo en el mismo punto.

–Si queréis dinero... o quieres, no recibirás una mierda. Conozco a mi padre. Antes se corta las pelotas y se las come que tratar con escoria como tú y el payaso que mataste.

–Hablas demasiado para ser alguien que se encuentra en posición de desventaja.

Entrecerró los ojos por causa del humo. Inhaló y lo soltó por un extremo de la boca. Tenía quince años.

–De todos modos ni ellos ni yo buscamos el dinero de tu padre.

–¿Entonces qué? ¿Follarme?

–¿Por qué todas creéis que siempre buscamos eso?

–Porque es verdad.

–En este caso no. Al menos no del todo.

Me echó una mirada que significaba "¿ves?, lo que yo decía".

–Todavía eres virgen, ¿verdad?

Enrojeció hasta que la piel se le fundió con el cabello.

–Eso a ti no te importa.

–Importa. Y mucho.

–Claro, hijo de puta, porque a los capullos como tú os gusta estrenar coños.

Sacudí la cabeza.

–No me obligues a amordazarte de nuevo tan pronto.

Miró los alrededores con un ojo cerrado. Le quité el cigarrillo y lo aplasté en la tierra.

–¿Dónde coño estamos?

Me puse en pie y estiré la espalda. Lancé el sombrero al interior del coche.

–¿De cada tres palabras que sueltas dos tienen que ser tacos?

–Cuando me secuestran con intención de violarme, sí.

–En las afueras. La fábrica está abandonada.

–¿Aquí vas a violarme?
–No voy a violarte. Esperamos a alguien.
–Que sí va a violarme.
–Nadie va a hacer eso. Tienes la cara repleta de granos.
La dejé soltar un poco más de bilis por un tiempo antes de devolverla al maletero, nuevamente muda. Había visto los faros que se acercaban. Cuando accedió al patio me apoyé de brazos cruzados en el coche. Salió acompañado de una humareda de tabaco.
–¿Dónde está? –dijo.
Señalé el maletero. Al abrirlo los gruñidos de la chica me alcanzaron. Sólo cuando lo cerró cayó en la cuenta.
–¿Y los otros?
–En el motel. Muertos.
No pareció afectarle la declaración, tampoco el revólver con el que lo encañoné.
Asintió para sí y aplastó el cigarrillo con el pie.
–¿Sabes lo que haces?
–¿Adónde teníais pensado llevarla?
–¿Para qué coño quieres saberlo?
–Responde.
Sacudió la cabeza y acercó la mano un poco más a la cintura.
–Ni se te ocurra. Dime adónde.
Dejó caer la mano y exhaló un suspiro resignado.
–Aguardas paciente durante años a que llegue tu oportunidad y la aprovechas así. Increíble. Algunas personas sois tan listas que acariciáis la estupidez.
–Menos cuentos.
–No vas a sacar nada de mí, Slade. Acabarán conmigo si lo hago.
–Yo acabaré contigo.
–Ellos tienen métodos más drásticos.
–Céntrate ahora en este revólver.
–¿Trabajas para alguien? ¿Eres una especie de topo?
–No tengo todo el día.
–Muy pronto no tendrás nada. No diré palabra.
Apreté el gatillo una vez. Llevó las manos al vientre y cayó de rodillas estrujando el lugar del impacto. Murmuró una queja entre dientes.
–Bastardo –dijo.
Se desplomó de lado.
–Tardarás horas en diñarla, y no quiero imaginar el dolor que sentirás durante ese tiempo. Puedo ahorrarte la agonía.
–Ya estoy muerto, ¿eh?
–Desde que bajaste del coche.
–Jodido listillo. –Retiró una mano empapada sólo para volver a apoyarla en el estómago. –Como quieras. Si eso facilita que te atrapen... Perderás mucho más que esa mierda que llamas vida.
Respondió a la pregunta y le largué el tiro de gracia.

Capítulo 5

Dudaba que hubiese muchos. Si eso, un par de ellos ultimando los detalles de la noche siguiente. De todos modos en las siguientes horas debería hacer de todo menos confiarme. Contaba con la ventaja de que de momento no sospechaban nada. Si salía vivo de allí tal ventaja sería la última. Se volverían locos, perros de presa a por todas.

Llamé con los nudillos. El que abrió me escrutó de pies a cabeza.

–Traigo a la muchacha.

Miró sobre mi hombro.

–No deberías traerla tú.

–Arriesgué los huevos al secuestrarla.

–Qué bien, pero no deberías traerla tú, sino los otros tres que no veo por ningún lado.

–¿Vas quedar ahí plantado o me ayudas a trasladarla?

–Tengo que consultarlo con...

Lo sujeté por la cara tapándole la boca y lo apuñalé en pecho y vientre. Me salpicó la corbata y las solapas del gabán. Pasé sobre su cuerpo y atravesé el umbral.

Resultó que había algunos más. Dos abandonaron la mesa en la que desarrollaban una partida de póquer en cuanto me vieron irrumpir en la sala armado con el revólver y la Browning del que eliminé en la fábrica. Abatí a uno seccionándole la carótida de un balazo. El otro tragó dos balas que astillaron la dentadura. El del sillón se meó encima antes que la sangre se uniese a la orina del pantalón.

La pequeña estancia quedó impregnada en pólvora. Los pasos a la carrera procedentes de la galería exterior resonaron casi tanto como los disparos que aún zumbaban en mis oídos. Guardé la pistola y me pegué a la pared en el lado correspondiente al que se abriría la puerta. Atrapé el pomo en cuanto giró, tiré para abrir a medias, volví a cerrar ayudándome del peso de todo mi cuerpo. Atrapé al desgraciado entre la puerta y el quicio. Lo golpeé en la mano con la culata de la pistola y dejó caer el arma. Volví a abrir y a cerrar. El borde de la puerta embistió la frente del tipo, que cayó de culo. Lancé una patada a su cara y le reventé la nariz.

No me moví del sitio. Retuve el aliento. Dos pares de sacos de mierda. Quizá eran todos. Así fue. No tropecé con más incordios. Perdí veinte minutos buscando la caja fuerte; quince para forzarla. Matar a los cuatro no había llevado ni dos minutos. Me agencié el tomo antiguo y la daga curva con pegotes pardos en la hoja. Cuando salía reverberó el timbre del teléfono situado en el despacho que acababa de desvalijar. Lo dejé sonar.

Devoró la hamburguesa y absorbió el batido sin mirarme ni dirigirme la palabra. Tomó un cigarrillo del paquete que había dispuesto sobre la mesilla. Le había dejado los tobillos esposados. Señaló con el mentón mis prendas salpicadas de sangre.

–¿A cúantos más mataste? –dijo tras eructar en mi dirección.
La ignoré.
–Ese libro parece viejo. ¿Es una Biblia?
–Algo así.
Cerré el tomo. Frunció el ceño.
–¿No tiene título?
Dejé caer la cerilla en el cenicero y solté el humo por la nariz.
–No te cansas de lanzar preguntas.
–Es que no respondes ninguna. Y si lo haces es con evasivas.
–No tiene título. No impreso en él, al menos.
–¿Ves? Evasivas.
–Se le denomina de diferentes formas. Para unos es La Puerta, para otros El Portal, La Frontera, El Acceso...
–¿Y tú?
–Yo qué.
–Cómo lo llamas.
–La Respuesta.
–¿A qué?
–A todo.
–Eres un tío raro.
–La mitad de lo escrito en él es paja. Sólo ciertos pasajes son relevantes.

–Y tú los conoces, por supuesto.
Detecté cierto retintín en su voz.
–Por supuesto.
Cerré las esposas alrededor de sus muñecas y pasé al cuarto de baño. Estábamos en las afueras, en una casa con jardín delantero que los propietarios ocupaban durante el verano. Cambié la camisa y la corbata ensangrentadas por otras que había dispuesto días antes. Mojé la cara. En el espejo topé con ojos inyectados en sangre y bolsas oscuras bajo ellos. Sobrevivir unas horas más.
En la cocina abrí la nevera, que había llenado también días atrás, y saqué algo de picar con cuidado de no tirar los botes que había obtenido de la Gorda Melba. Trasladé la radio al cuarto en el que había dejado a la muchacha. La noticia corría como la pólvora. La desaparición de Meredith Gibson era toda una comidilla. No tenían pruebas, pero se trataba de un secuestro. No había llevado consigo nada de prendas; se echaba en falta nada más que el camisón y la bata, trapos que aún vestía.
Posó sobre mí una mirada de auténtico odio. Brillaba también cierta burla.
–Ahora es cuando debes empezar a temblar –dijo.
Le di la razón con un movimiento de cabeza.
–Pero no por la policía, muchacha. No por la policía.

Capítulo 6

Dejé el libro abierto en el suelo del ático. Podía recitar la mayoría de párrafos que importaban casi al pie de la letra, pero "casi" no era suficiente. No debía titubear. Tenía lo necesario: semen, sangre, el tomo, la daga, la muchacha y, al menos de momento, agallas. Dentro de unas horas todo habría terminado. Para bien o para mal. Bajé al dormitorio. La muchacha cerraba los ojos, pero no dormía. Una voz femenina cantaba desde la radio no sé qué sobre el destino de dos almas que al fin se encuentran y demás milongas. Habló sin abrir los ojos.

–¿Cuánto tiempo vas a tenerme secuestrada antes de pedir el rescate?

–Como dije, no quiero dinero.

–Y como dije, mi padre no te lo daría.

Me dejé caer en la butaca y balanceé una pierna siguiendo el ritmo de la música y fumando como si estuviese tranquilo.

–No es tu padre.

Abrió los ojos.

–¿Cómo?

–Tienes edad suficiente para saberlo. No son tus padres biológicos.

–No soy adoptada.

Guardé silencio. Aparté unos centímetros la cortina y oteé el exterior. Una farola iluminaba el húmedo asfalto. Un perro cruzó la calle.

–Oye, cabrón, que no soy adoptada.

–A los tres meses de nacer, el señor y la señora senadores te sacaron del orfanato en el que estabas desnutrida para ofrecerte un futuro que no fuese sacudir el culo y las tetas en la calle.

–Pura mierda. ¿Quiénes son mis padres entonces?

–Tu madre era una puta adicta a la heroína a la que forzó el obispo Menkell.

Abrió más los ojos y los mantuvo enfocados en mí.

–Eso es mentira.

–Por eso eres tan valiosa. Por tu padre, tu auténtico padre, no por el seboso que te viste. Eres una ofensa.

–Ofensa a qué, pedazo de cabrón.

–A los ojos del Señor.

El escupitajo fue digno de premio: atravesó la estancia y me alcanzó en la mejilla. Dejé el cigarrillo en el cenicero de la coqueta, me limpié y la agarré por la cara.

–Eres valiosa, pero basta con que respires. Sirves tullida o al filo de la muerte.

Levanté el puño con intención de reventarle una mejilla. La lámpara de la mesilla titiló. Mantuve el brazo alzado escrutando la luz por el rabillo del ojo. La voz femenina procedente de la radio cantaba ahora como sumergida bajo el agua. La luz redujo intensidad al tiempo que la muchacha empezó a gritar mirando detrás de mí. Me volví para ver qué la sacaba de quicio. Con razón gritaba.

El humo del cigarrillo fluctuaba ante el espejo ovalado, desde el cual nos

sonreía un rostro enjuto de tez marchita; los globos oculares eran del color del alquitrán, con un único mechón gris ceniza descolgado entre ellos. Sonrió, y no había más que encías.

El Descarnado.

Tomé la cara de la muchacha entre las manos.

-No es nada, no es nada, cálmate. No quisiera que te matase un infarto.

-¿Que no es nada? ¡Hay una cara en el espejo! ¡Y la radio suena raro!

-Shhh, tranquila, de momento no puede actuar contra nosotros.

-¿De momento? Eso no me relaja.

Sentía el peso de la mirada oscura sobre la espalda. Tomé la lámpara y la lancé contra el espejo. Los fragmentos cayeron afilados a la moqueta. Tras recoger el saco salí a toda prisa del cuarto.

-¡No me dejes aquí sola, capullo!

En el ático arrojé al saco libro y daga, en la cocina los frascos. Regresé al cuarto. La muchacha se sacudía desgañitándose. Colgué el saco a un hombro y la muchacha al otro. Aquel refugio ya no era tal.

Capítulo 7

No creí que me localizasen con tanta diligencia. El coche no corría lo suficientemente aprisa; de todos modos una vez me habían encontrado podían volver a hacerlo casi en cualquier momento.

Me detuve en un cruce. Volvió a aparecer, ahora en el retrovisor. Ensanchó la sonrisa. Arranqué el espejo de un tirón y lo lancé por la ventanilla. El Descarnado les indicaba mi posición, por lo que no me extrañó que al cabo de diez minutos de su última aparición un Cadillac doblase a toda prisa la esquina, derrapando, arrojando su faros sobre mí. Lo esquivé y monté sobre la acera las ruedas de un lado. Abrieron fuego sin comprobar siquiera si la muchacha iba conmigo. Las ventanillas de un lado se hicieron añicos. En cada uno de ellos se manifestaron la encías desnudas.

Volví a la carretera. Ellos dieron media vuelta y continuaron atosigando. Pendiente abajo una sacudida me impulsó todavía más deprisa: me habían golpeado por detrás. Un taxi se cruzó en mi camino. Di un volantazo para evitarlo, quedando de lado, y el Cadillac embistió arrastrándome unos metros. El impacto provocó un pitido en mis oídos y un mareo que no impidió que aferrase el tirador para abrir la puerta con una mano mientras con la otra tomaba el revólver del asiento del acompañante.

Caí de espaldas al suelo y procedí a arrastrame ayudándome de codos y pies. El taxista corría hacia nosotros como un buen samaritano, lo cual no le daría mucho tiempo de lamentar. Un espeso humo negro brotaba de ambos coches, pero logré distinguir dos siluetas que saltaban del Cadillac. Disparé tres veces sobre una. La otra se parapetó tras los coches.

Los disparos congelaron al taxista a unos pasos de mí. Me incorporé a medias y lo golpeé con la culata en los huevos. Vomitó. Pasé un brazo en torno a su cuello para situarme a su espalda. El otro tipo asomó y abrió fuego. Todas las balas se hundieron en el taxista mientras yo apretaba el gatillo junto a su oreja hasta deshacerme del tirador.

Solté al taxista, que cayó fofo cual saco de pienso a medias. Me desprendí del gabán y trastabillé hacia el coche. Abrí la puerta de atrás y comprobé que a excepción de dos el resto de frascos estaban destrozados, vertiendo su apestoso contenido por el interior del saco. La recogí. El impacto había saltado el cierre del maletero. Un hilo de sangre corría por la frente de la muchacha, pero los improperios me indicaron que estaba intacta. La saqué del coche con una mano; con la otra encañonaba en todas direcciones por si aparecían más de ellos, o incluso la policía.

Me palpitaba la cabeza, por lo que no tenía ganas ni tiempo de buscar las llaves que abrían las esposas. Un balazo a cada una y saltaron. La muchacha intentó incorporarse, pero también ella estaba un poco noqueada. La sujeté por un brazo obligándola a caminar en dirección a un callejón. Ella tiraba en dirección opuesta.

–Suéltame.

–Camina.

Cayó de rodillas, desvalida. Encajé el arma en la cintura e icé a la muchacha por las axilas.

–No me obligues a arrastrarte del pelo.

En el callejón permití que descansase apoyada en la pared, acuclillada, mientras yo asomaba la jeta entre las sombras. Cadáveres y coches detrozados seguían como los había dejado; ningún curioso se había presentado en el lugar del accidente. Todavía me zumbaba la cabeza, pero no podía permitir que eso nublase la facultad de actuar sin demora.

La ayudé a ponerse en pie.

–No perdamos más tiempo. Todavía queda mucho por hacer.

–¿Quién era ése que apareció en el espejo? –dijo, enfocando un poco la mirada.

–No quieres saberlo.

Atrapé su mano cuando intentó golpearme en la cara.

–Estás más segura conmigo.

–Quiero ir a casa.

La conduje hasta el fondo del callejón, donde dormía un vagabundo acunando una botella. La muchacha rodeó las rodillas con los brazos y rompió a llorar. Me volví al percibir movimiento detrás.

El borracho contemplaba la botella con mirada enajenada. Sus ojos cansados refulgían. Llevó la botella a los labios y el reflejo del Descarnado en el vidrio titiló unos segundos. Tragó el líquido y volvió a estudiar la botella. Vomitó sobre el regazo. Habló con voz que salía de las profundidades de una mina, sudor y restos rojos adheridos a la barba:

–Slade, jodido canalla, ¿en qué estás pensando?

Lo que faltaba. Saqué la Browning.

–Confiábamos en ti. Tenías potencial para llegar a lo más alto. Ahora caerás en picado. No conseguirás nada salvo quemar el alma.

Con sumo amor dejó la botella en el hueco de la manta. Me miró de frente. Entre los matojos de barba canosa asomó una sonrisa de hinchadas encías desnudas. Introdujo la mano en el interior del abrigo raído y el brillo de sus pupilas sacó destellos a la hoja de una navaja. Saltó como un felino y el tajo en el antebrazo hizo que dejase caer la pistola. Uñas mugrientas y puntiaguadas se clavaron en mi cuello. Intercepté la muñeca de la mano que esgrimía la hoja cuando ésta buscaba hundirse en mi ingle. La retorcí sin éxito. No abrió la mano, no ofreció muestras de dolor. Sólo podía frenar el avance de la navaja. La punta me picó en el muslo.

–Slaaaaaade. –Una lengua hinchada y morada que no le cabía en la boca.

La navaja atravesó la tela del pantalón y la piel. Apreté los dientes e hice presión con todas mis fuerzas para inmovilizar la mano que hurgaba la navaja en mi pierna como un niño con un palo en un hormiguero. Fue peor todavía la lengua enferma que me lamió la cara.

Hundí los dientes en aquel putrefacto trozo de carne. Fue como morder un trapo bañado en alquitrán. Echó la cabeza atrás dejando la lengua presa entre mis dientes y la navaja en la pierna. Me soltó el cuello y le escupí aquella mierda a la cara antes de proceder a aplastarle el cráneo a

puñetazos. Al terminar tenía los nudillos doloridos, engalanados con astillas de dientes que retiré tras hacer lo propio con la navaja.

Anudé el pañuelo alrededor del muslo, recogí la pistola y volví a tomar del brazo a la muchacha. La empotré contra la pared cuando se resistió y acerqué los nudillos golpeados a su cara.

–Pequeña ramera, no me jodas más de la cuenta. Como acabas de comprobar, estoy perdiendo la paciencia.

Intentó lo de siempre: escupirme. Debido a que tenía seca la boca sólo alcanzó a emitir un gemido de impotencia, así que gritó pidiendo ayuda, acto del todo irrelevante: ningún vecino movería un dedo y el grupo sabía cómo localizarnos.

–¿Qué es todo esto? No tiene sentido.

No me quedó más remedio que darle la razón.

–Debemos resistir hasta mañana a medianoche. Como sea.

–Yo no tengo que resistir nada.

–Sí tienes. Van a por ti.

–Tú también.

–Sí, y puesto que estás condenada pase lo que pase, sería todo un detalle que yo ganese la partida.

Me arañó con saña en la cara, y si no me alcanzó en un ojo fue porque, al menos en el último momento, tuve reflejos. Todo carácter, la muchacha aquella. Echó a correr.

–¡No! ¡Te atraparán!

Escaló la valla que se alzaba al final del callejón, se dejó caer al otro lado.

-¡Cómeme el coño, mamarracho!

Capítulo 8

En lo alto de la valla sufrí el primer mareo. Me sujeté al borde cuando la mitad superior del cuerpo quiso ir en busca del suelo. Aguardé cerca de un minuto allí colgado, la cabeza dando vueltas desatada. Me armé de valor, cerré los ojos y descendí de un salto a pesar de saber de antemano que la pierna herida no ayudaría. El mareo impidió prestar atención al dolor.

Cobijado contra la valla metálica, abrazando el bolso de lona, intenté mantener a raya los delirios.

Encías sin dientes, ojos abisales, carcajadas, amenazas, cánticos, sotanas carmesíes, muchachas pelirrojas con granos en la cara que huían de mil manos, circulos de fuego, símbolos arcanos, hojas de un libro en llamas, frascos rotos, una drogadicta, un borracho, un taxista, dos jugadores de póquer, un pardillo que se mea encima...

Me erguí y caminé a trompicones. Tenía que ser debido a aquella lengua. Caí de rodillas y vomité. Jadeando, aspirando los efluvios, presencié cómo los grumos formaban figuras simétricas. Runas. Mamarrachadas al azar.

Había que encontrar a la muchacha antes que ellos o que tropezase con un agente haciendo ronda nocturna.

Tardé en razonar lo que escuchaba. Sabía qué oía, pero mi mente se negaba a proceder a máxima potencia. El razonamiento me alcanzaba como luz de estrellas desaparecidas mucho tiempo atrás. La muchacha gritaba como una descosida. Seguí el rastro de los gritos apoyándome en paredes de edificios que no paraban de crecer, sujeto a cañerías goteantes de herrumbre como sangre.

Unas zarpas arañaban mi garganta. Un animal enfermo palpitaba detrás de mis globos oculares. El saco era cada vez más pesado, como cargado de bebés muertos. Reí entre dientes.

–Muérete ya, Slade. Lo estás deseando –dijo una voz, creí que la de ellos procedente de algún lado. No, salía de mis cuerdas vocales, lo cual en cierto modo era peor.

La puerta trasera del bar estaba abierta. A la luz que brotaba del interior pude ver fuera a dos fracasados que se peleaban por la muchacha como niños por el último trozo de pastel, un par de borrachos colorados y de ojos hinchados, con gorros de lana y ropas gruesas; currantes del muelle. Uno se bajó la bragueta. El otro hundió la cara en los cabellos rojos de la muchacha para olisquear su fragancia. Al ver el miembro del fulano la muchacha dio un alarido, que fue como esquirlas de hielo en mis tímpanos, y propinó una patada que alcanzó al tipo de lleno en las pelotas.

El que olfateaba su cabello la empujó contra el suelo mientras se reía de su rival.

Saqué la pistola. Oscilé apoyado en el pie izquierdo, oscilé apoyado en el pie derecho. Ahora. El disparo atronó. La bala saltó la oreja del capullo. La muchacha atacó su cara, uñas a punto, y arañó cuanto pudo, hilos de saliva pendiendo de sus labios. Me acerqué. El picha floja se incorporaba. Como no quería gastar más balas le rasgué el gaznate con el cuchillo.

Rodeé con un brazo la cintura de la muchacha y la levanté para apartarla del tipo que había estado desfigurando. Le aplasté la laringe con el pie.

La muchacha rompió a llorar en mi hombro.

Repitió varias veces, ausente, que sólo quería ir a casa, ir a casa. Sus cabellos ardían, sus granos eclosionaban. Me froté los ojos. Palpitaba mi cabeza entera.

–No podemos volver a casa. –Sacudí la cabeza, que latigueó. –No hay vuelta atrás. Estamos condenados. No hay vuelta atrás.

–Tú me condenaste. –El rencor era palpable.

–No. Ellos te condenaron. Yo me apunté después. Da igual, todos estamos condenados. –Abarqué los dos fiambres con un aspavimento de manos.

–¿Te encuentras bien?

–¡No!, pero no permitiré que me de por culo semejante hatajo de payasos. ¿Sabes, muchacha? Tienen el poder al alcance de la mano, y que me cuelguen de los huevos si quieren utilizarlo. ¿Sabes por qué no? No tienen agallas. Tienen un miedo atroz a eso que respetan.

–Así suele ser.

–¿Qué?

–El respeto surge del temor.

–Mierda. Montón de mierda.

Algo avanzaba desde el interior del bar en nuestra busca, una mole de pasos que hacían temblar el suelo. Cuando asomó la jeta no era más que el propietario del tugurio, un gordo ofensivo, sudoroso, con costras en el cuero cabelludo. Formó con labios húmedos una exclamación silenciosa al ver el panorama. Levanté el arma. La muchacha impidió que me lo cargase sujetando mi brazo.

–No tienes que matar a todo el mundo.

–Tú qué sabras.

El gordo volvió adentro. Cerró tras de sí la puerta.

–Ayúdame –dije a la muchacha.

–¿A qué?

–A arrastrarme al interior del bar.

A pesar de ser más alto y pesado que ella logró cargar conmigo. El gordo había echado la llave. La muchacha y yo golpeamos con saña hasta que escuchamos al otro lado:

–Largaos. Estoy solo en el bar y no avisaré a la policía hasta que estéis lejos, pero dejadme en paz. No pienso morir por ese par de clientes regulares que os habéis llevado por delante.

–Abre. Un último favor y nos vamos.

–¿Qué favor?

–Necesitamos un lugar en el que poder escondernos unas horas.

Abrió la puerta y la muchacha me llevó adentro casi a rastras. Me desplomé ante la puerta de los baños. El gordo cerró la entrada principal y bajó las venecianas.

Se sirvió un chupito y me pasó la botella, de la que bebí un poco. Se la pasé a la muchacha. Bebió otro tanto arrugando la cara.

–¿Qué tienes pensado? –dijo.

–Quedar aquí tirado unas horas.

–No, no, no, tenéis que largaros cuanto antes. Acabarán encontrando los dos fiambres.

–Pues tráelos adentro, puto gordo –le espetó la muchacha.

El gordo parpadeó. Obedeció. Así, con cada cuerpo en un hombro, dejándolos caer en el baño de paredes y baldosas sucias, recordó a un carnicero. Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y ocupó su sitio tras la barra. Me senté apoyado contra la pared. La muchacha frunció el ceño.

–¿Por qué nos ayuda? No avisa a la policía.

–Porque es posible que oculte mierda bajo la alfombra.

¿Por qué me ayudaba ahora ella? ¿Por qué no aprovechaba y echaba a correr?

Intenté sacar un pitillo. Me lo colgó ella en la boca y acercó la llama. Sopló sobre la cerilla para apagarla y me sonrió.

–Eres guapo. Tienes unos ojos azules increíbles.

Lo que faltaba.

Intenté incorporarme. Lo conseguí gracias a su ayuda. Conté la munición que me quedaba. Dos balas en el tambor del revólver, una en la Browning. El gordo vigilaba nuestros movimientos con ojos entrecerrados. Cerré el tambor con un golpe seco de muñeca y consulté la hora. El reloj estaba parado. Por entre las venecianas comprobé que aún no había amanecido. Bebí otro trago. Éste me sentó peor.

–¿Cuánto tenéis pensado quedaros? –dijo el gordo.

–Hasta la noche.

Resopló y sacudió la cabeza.

–Supongo que no habrá problema –dijo–. No abro durante el día. ¿Os busca alguien?

–Sí.

-¿Saben que estáis aquí?

Decidí no responder. Él no insistió. Nos preparó unas tostadas en una sartén que no lamerían ni las ratas y un café que sí estaba bueno. La muchacha devoró mi parte, pues yo tenía de todo menos apetito. Amaneció. Débiles rayos de sol se filtraron por la veneciana. Treinta de abril.

Capítulo 9

La muchacha echaba un sueño en la barra con la cabeza entre los brazos. El gordo se hurgaba los dientes con una uña. Yo caminaba de un lado a otro para no caer rendido. Persistían los mareos, pero la fiebre me había abandonado unas décimas. No me gustaba, pero decidí que debía hacerse.

–He de salir un par de horas. Que la muchacha no abandone el local. –Saqué el sobre del dinero, dividí dos partes, dejé una sobre la barra–. La otra mitad, a mi vuelta. Sólo si ella está aquí. Viva.

Pasó la lengua por los labios y recogió el dinero.

–No te queda mucha munición, ¿verdad?

Sacudí la cabeza. Del interior de la barra sacó una escopeta recortada de doble cañón. Vacío una caja de zapatos sobre la barra y los cartuchos rodaron. Abrí la recortada. Cargada. Guardé una veintena de proyectiles en los bolsillos y la escopeta en la bolsa. Salí a la luz del día.

La Gorda Melba acababa de abrir la tienda. Colgaba abrigo y sombrero color crema cuando cerré a mi espalda. Se me quedó mirando como quien mira a un muerto abrir el ataúd.

–Te están buscando. Largo de aquí.

–Necesito más frascos.

–Estás loco. Largo de aquí he dicho.

Abrí la bolsa y la sacudí boca abajo. Cayó su contenido: frascos hechos trizas, la recortada.

–Como puedes ver, no sirven. –Recogí el arma–. Necesito repuestos.

Contempló la recortada que yo, de momento, encañonaba hacia el suelo.

–Si en verdad mataste a esa mujer en el *Rhapsody*...

Accedimos a la trastienda. Depositó algunos frascos en la mesa. Los eché en el saco. Arrugó la cara ante el olor. Colgué el saco al hombro y apoyé la recortada en la mesa apuntando a su voluminoso vientre.

–No diré nada.

Cerré los ojos y los apreté con fuerza, así como el puño al aferrar la recortada. Siempre acababan dando conmigo; sabía que no debía malgastar munición. Luces chispearon en la oscuridad.

-Slaaaaaaade.

Abrí los ojos de golpe. El Descarnado se reflejaba en los iris de la Gorda Melba. Salté sobre la mesa al tiempo que le abría la mejilla, flácida y cremosa, de un puñetazo. Así seguí hasta que volví a herir los nudillos. Llevé las manos a la cara y rompí a reír. Salí afuera. El día brillaba más de lo que mi cabeza podía tolerar. Arrastré los pies dispuesto a caminar otra hora en dirección al bar. Los frascos entrechocaban unos con otros y contra la recortada. Cada rostro, cada voz, era un insulto. Debía bajar la cabeza y mirar los pies si quería evitar cargarme a todo fracasado con el que me cruzaba. Eso impidió ver a los dos fulanos que se situaron uno a cada lado para inmovilizarme y arrastrarme hasta un coche, al cual me arrojaron y donde se introdujeron mientras nos poníamos en marcha.

El de mi derecha, arrancando de un mordisco el extremo de un puro, dijo:

–Te está pasando factura, Slade.

El de mi izquierda cogió el saco y echó un vistazo al interior. Silbó.

–Conque querías montar la fiesta tú solo.

Apenas era capaz de despegar el mentón del pecho. El de la derecha me echaba caladas a la cara. El de la izquierda sacó la recortada, la acarició. El conductor guardaba silencio. Dijo el del puro:

–Otros dos están en el bar. La chica es nuestra, Slade. Podías llegar a ser alguien, pero optaste por joderlo to...

Le hundí la nuez con el canto de la mano al tiempo que alargaba la otra para recuperar la recortada. El puro cayó a sus pies. Perdió la facultad de respirar. Mientras con una mano pugnaba por el arma con la otra golpeé la sien del fulano, a su vez atizándome a mí. El conductor miraba atrás, sin saber qué coño hacer. Pasé del puño y descargué un cabezazo. Rozó el gatillo medio lelo. Atrapé los cañones y los situé bajo su mentón. Lo ayudé con el gatillo. La detonación reverberó, la cabeza eclosionó, el coche pegó volantazos. Con un ojo semicerrado por causa de la sangre que bañó un lado de mi rostro recargué la recortada, que pasé a aplastar en la nuca del conductor.

–Al bar.

–Estás como una cabra.

–Al puto bar o dejo el parabrisas como el cristal de atrás.

Capítulo 10

El gordo lo único que me explicó fue que le había dado una escopeta y que se había largado tras pedirle que me mantuviese vigilada.

–¿No dijo adónde iba?

Contaba dinero con dedos rollizos.

–Te hablo a ti, gordo.

Me miró sobre los billetes.

–Una mujercita como tú no debería hablar así, encanto. ¿Tendré que lavarte la boca con jabón? –Y sonrió.

–Lávate tú la tuya, saco de mierda, que tienes los dientes como pezuñas de cerdo.

Al mismo tiempo que él abría los ojos abrían de una patada la puerta trasera. Era ancho como el dueño del bar, pero en su caso porque era músculos de pies a cabeza. Avanzó a zancadas al localizarme. Retrocedí y tropecé con una mesa. El gordo se interpuso entre los dos y el gigante lo frenó de un guantazo con el dorso de la mano. Aproveché para escabullirme pasando detrás del gordo, pero el gigante me agarró del pelo, despegándome del suelo, y me acercó a su cara. Olía a recién afeitado y tenía un ojo velado. Me olisqueó como asegurándose de que yo era la presa correcta. Entonces al gordo volvieron a bajársele los huevos y embistió contra el gigante, que cayó de frente para quedar a gatas, yo despatarrada a su lado. Se liaron a golpes y corrí al callejón, donde otro salió de detrás de unos cubos de basura, lugar al que pertenecía. Aunque lo esquivé corría más que yo. A la entrada del callejón me atrapó. Grité. Alguien miró. Me tiró a la parte de atrás de un coche. Se disponía a cerrar la puerta cuando salió propulsado de una explosión en el costado.

Había comentado que eran dos, pero sólo vi a uno. Insté al conductor a dar más velocidad. A varios metros de distancia asomé por la ventanilla y escupí plomo. Despedacé al desgraciado a la altura de las costillas.

Ordené que detuviese el coche y salté sin darle tiempo a frenarlo del todo. Corrí con la pierna aullando y el pecho invadido de punzadas, los viandantes dando gritos que no ayudaban a mi buen humor.

–¿Cómo te encuentras?

–¡Hecha mierda, cómo voy a encontrarme!

De un vistazo comprobé que las llaves estaban en el contacto. Me dejé caer al volante, deposité el saco en el asiento del acompañante y salimos pitando. Menos de un minuto después ulularon las sirenas.

–Es la policía –dijo la muchacha–. Tres coches.

Como si eran veinte. Antes me cargaba a la muchacha y me rajaba el cuello que permitir que me diesen caza un hatajo de piesplanos. Cambié de carril y la mayor parte de vehículos me esquivaron ellos a mí; si quería llegar a la noche no cabían titubeos.

Sabía que estaba en los retrovisores. Sentía sus ojos oscuros puestos sobre mí.

-¡Slade!

Miré atrás. Si hablaba a través de ella no podría soportarlo.
-¡Ahora son cinco coches!
Volví a centrarme en los vehículos que venían de frente. Uno se apartó, destrozó un puesto de frutas, a un cliente, una boca de incendios.
Los coches policiales circulaban por el carril que les correspondía. Se limitaban a perseguirnos. Nada de abrir fuego. Sabían que la hija del senador disfrutaba del paseo en la parte de atrás.
Un camión de cerveza abandonaba marcha atrás unos almacenes. Giré hacia allí y colé el coche entre el morro del camión y la pared. Frené. Sin apagar el motor salté afuera. La muchacha ya abría la puerta. La tomé de la mano y nos escabullimos por una salida lateral.

Estaba cansado, le incordiaba la pierna al correr, tenía los ojos enrojecidos, no paraba de sudar y expulsaba tanta calor que la fiebre debía estar cociéndolo por dentro. Pero se negaba a rendirse y no consentiría que nadie lo patease. Lo ayudé a incorporarse cuando tras tropezar rasgó una rodilla contra el suelo. Le sonreí por si servía de algo. Poseía la mirada de un perro con la rabia en su punto más álgido.
–No lo lograremos –dijo, apretando los dientes.
Yo no sabía qué era lo que había que lograr. Evitar a la policía. Evitar los antiguos socios de Slade.
Volvió a caer. Empezó a temblar. Sacudía una pierna y un lado de la boca.

Encías sin dientes, ojos abisales, carcajadas, amenazas, cánticos, sotanas carmesíes, muchachas pelirrojas con granos en la cara que huían de mil manos, circulos de fuego, símbolos arcanos, hojas de un libro en llamas, frascos rotos, una drogadicta, un borracho, un taxista, dos jugadores de póquer, un pardillo que se mea encima, un hijo de puta con la polla fuera y degollado, una gorda con la cara hecha hamburguesa, un tío casi partido por la mitad, uno solo con quijada sobre el cuello, sirenas, risas, luces, estrellas que caen, fuego en las venas, voces que amenazan, la sonrisa de una chica condenada pase lo que pase...
Seguía allí. Por alguna razón que ni ella comprendía, seguía allí. Se arrodilló. Tomó mi mano sudada entre las suyas. Dijo algo acariciándome el cabello. No dejaba de temblar. En cualquier momento podría o bien tragarme la lengua, o bien estallarme el corazón contra las costillas. Los sonidos llegaban como una radio en el fondo del mar.
La muchacha miró sobre el hombro, su cabello rojo ondeando, propagando más calor a mi piel ardiente. Unos piesplanos corrían hacia nosotros. Algo los detuvo, algo que agujereó sus cuerpos tiñendo los uniformes azules de sangre. La muchacha dejó de cubrirse la cabeza con las manos y miró sobre mí. Alguien la apartó de mi lado. Ellos. Cinco en semicírculo a mi alrededor. Se retiraron todos excepto dos que intercambiaron unas palabras. Tras ello se dirigieron a mí, aunque ni puta idea de qué dijeron; nada bonito, sin duda. Uno encendió un cigarrillo y me arrojó la cerilla a la cara. El otro apuntó a mi cabeza y disparó.

Capítulo 11

Mordí, arañé, pateé, escupí, maldije: cualquier cosa menos suplicar.

–¡Hijos de puta! Os jodió bien, muertos de hambre.

Uno me abofeteó y me tiró del pelo. Pálido, de cabello ondulado color arena y ojos como el humo. Presionó el dedo índice alzado contra mis labios. Sacó la punta de la lengua.

–Shhh, niña. Shhhh.

Me metieron en el coche, un cabrón a cada lado ejerciendo presión para que ni pudiese pestañear. Entonces se escuchó un disparo. Aparecieron el resto de cretinos y nos pusimos en marcha. El coche dio la vuelta y por el rabillo del ojo pude ver los cuerpos tiroteados de los policías y, apartado del resto, Slade inmóvil y con sangre corriéndole por la cara.

–Rebaño de cobardes.

El de cabello arenoso se volvió en el asiento del acompañante.

–¿Acaso sientes lástima por él?

–Puedes estar seguro que siento más lástima por él de la que sentiré cuando te toque a ti.

Sacudió la cabeza y volvió a mirar al frente.

–Adolescentes. No hay quién los entienda.

El resto de payasos le dio la razón.

–Así que vosotros asentís a cualquier mierda que salga por la boca de este chupapollas. Lameculos. Podéis apostar a que tengo más cojones que vosotros.

El de delante se sacó la corbata y ordenó que me amordazasen con ella. Aún así seguí murmurando bajo la tela, deseosa de mostrar que no les tenía miedo.

Llegamos a un almacén que usaban como destilería ilegal. Me empujaron a una oficina del piso de arriba, donde me ataron con gruesas cuerdas a una silla. Dejaron un gilipollas dentro que no paraba de fumar mientras completaba los crucigramas de una pila de periódicos. Cuando llevábamos allí dentro una hora me preguntó si tenía sed. Me acordé de Slade. Asentí y llenó un vaso de una jarra. Bajó unos centímetros la corbata, bebí y expulsé el chorro contra su cara. No me regañó ni pegó; simplemente no me dio de beber el resto del día.

Cabeceaba cuando la puerta se abrió. Mi vigilante, que ahora tenía la pila de periódicos por la mitad, se levantó al pasar un tipejo alto, sin libra de carne sobre los huesos, con patillas que se unían al mostacho y ademanes amanerados. Mi vigilante nos dejó solos. El amanerado arrastró la silla y se sentó frente a mí, cruzando las piernas y las manos sobre ellas.

–Me alegra verla al fin, señorita Gibson. Soy Rampsey Stevenson, el hombre que dio orden a Marcus Slade de que la capturase a usted. Señorita Gibson, usted debería llevar aquí, aseada y bien alimentada, casi un día, pero qué se le va a hacer. Lo importante es que por fin ya está donde debiera.

Como vio que intentaba decir algo pero la corbata lo impedía, me la quitó.

–¿Decía usted, señorita Gibson?
–Decía que no me llames "señorita Gibson", viejo enfermo. Así es como me llama la criada, y lo odio.
El puto Stevenson ese sonrió.
–Oh, sí, la criada en casa de su padre, por supuesto, el senador Larry Gibson. Voy a contarle un secreto, *señorita* Gibson.
–¿Qué secreto? ¿Que mi verdadero padre es un jodido obispo?
Frunció el ceño.
–Veo que han arruinado la sopresa. ¿Slade?
Asentí. Si a aquel tipo le gustaban las sorpresas, dentro de pocas horas iba a llevar un par de ellas desagradables, pero eso lo ignorábamos todos en aquellos momentos.
Posó una mano repleta de venas marcadas sobre mi rodilla, no de modo enfermizo, sino como un padre o abuelo.
–Señorita Gibson, está a punto de presenciar cosas que muy pocos tuvieron y tendrán la fortuna de presenciar.
–Llevo varias horas presenciando mierdas de ésas.
–No, no, no. Eso no es nada comparado con lo que vendrá dentro de poco. –Sacó un reloj del chaleco–. Las nueve. Quedan tres horas.
Abrió la puerta y llamó al vigilante.
–Lleve a la señorita Gibson a la Sala. –Se volvió para mirarme–. Faltan ultimar unos pocos detalles.
El vigilante me transportó en brazos hasta depositarme en el suelo, en el centro de la Sala, que sólo era la bodega del almacén, repleta de barriles y estanterías con botellas de licor, de paredes y suelo de piedra donde la humedad flotaba caliente y pesada. En una mesa larga habían dispuesto frascos, candelabros y cuencos. Reconocí el libro de Slade abierto en un atril; velas negras, todavía apagadas, encajadas a cada lado del tomo.
El amanerado sujetaba la daga de hoja curva en una mano mientras con la otra pasaba las hojas del libro tras humedecer con la lengua la punta del dedo. Leía para sí moviendo los labios. Dejó la daga entre las hojas del libro y pasó revista a los objetos de la mesa. Asintió satisfecho.
–La dejo en compañía de un conocido hasta que llegue el momento anhelado.
Sonrió con una mueca que dejó atisbar un colmillo y salió acompañado del vigilante.
Busqué entre las sombras quién podía ser el conocido. Algo se removió en una esquina, algo que gruñó como un animal. Fuese lo que fuese, respiraba como si tuviese los pulmones inundados. El engendro que abandonó las sombras reptó hacia mí. Al principio creí que se trataba de una larva gigantesca. Entonces mi cerebro asimiló qué era aquella cosa: un tórax desnudo y huesudo, carente de articulaciones, que avanzaba a saltitos, con una cabeza pequeña en consideración al poco cuerpo que le quedaba. Reconocí los ojos negros y el mechón blanco descolgado entre ellos.
Daba más asco que miedo, pero más asco me dio cuando se pegó a mí para olerme. Abrió la boca sin dientes y un pestazo a enfermo terminal

me golpeó en la cara. Resistí las ganas de gritar por si el hálito de aquel ser se colaba por mi garganta.

Giré sobre mí en repetidas ocasiones, y el jodido ser siempre botaba en mi busca. Así estuve hasta que me dolió el cuerpo. Me dejé olfatear por el bicho.

Capítulo 12

No fue para nada fácil, pero logré abrir y cerrar la mano varias veces hasta que me vi con fuerzas para llevarla al rostro, donde palpé sangre pegajosa. La herida se hallaba más arriba, sobre la ceja, a la altura del nacimiento del cabello. No me atreví a tocar ese punto, donde se acumulaba todo el dolor de mi ser. Máximo dolor. Bala hundida. Polilla alimentándose. Picaba, aguijoneaba, calentaba la cabeza hasta las cervicales.

Limpié con la manga la sangre que ocultaba un lado de mi cara y abrí los ojos. El cielo presentaba un tono entre anaranjado y pardo; no sólo él, sino todo cuanto veía: edificios, cubos de basura, asfalto. Me puse en pie. También yo presentaba esa tonalidad. Tomé nota de que el resto de sentidos estaban intactos, que únicamente la visión parecía afectada por aquella nimiedad. Movía las articulaciones con normalidad. Escruté los alrededores. Se habían llevado el saco, por supuesto. El saco y la muchacha. Ahora tenían todo lo necesario. Apreté los puños, clavando las uñas en las palmas hasta hacerlas sangrar.

Lo que no se habían llevado era la recortada. Comprobé que los cartuchos seguían en el bolsillo y la recogí, junto a un par de pistolas de los polis muertos, una Tommy y tres cargadores de ésta.

Si lo que buscaban era el infierno, por mis cojones que se lo iba a dar.

Capítulo 13

Rampsey Stevenson sonrió cuando nos encontró al bicho y a mí por los suelos. El engendro regresó a las sombras. Lo siguió con la mirada y entonces se dirigió a mí.

–Estarás cansada.

Pasé de replicar. Sentía calambres en todo el cuerpo y me moría de sed. Apenas podía despegar la lengua de la parte superior de la boca. Al menos el tullido se había vuelto a escurrir al agujero.

–Pronto todo habrá terminado.

No había caído en que vestía sotana roja hasta que ocultó la cabeza con la capucha. Prendió los candelabros y las velas del atril. Los demás fueron pasando a la bodega, encapuchados, arrastrando los pies hasta sumar un total de diez, incluído el amanerado. Formaron círculo a mi alrededor. Bajo las capuchas podía ver las llamas reflejadas en los ojos sádicos de aquellos bastardos, relamiéndose en silencio. El amanerado encajó la daga en el cordón que rodeaba la cintura de su sotana, tomó el libro y se situó junto a mí. Dejó el tomo en el suelo.

Uno de los capullos se apartó del círculo y mezcló el contenido de los frascos en un cuenco que pasó a tender al jefe. Éste batió el contenido con la daga, cuya hoja quedó bañada en aquella porquería. La acercó a mi cara. Apestaba. Dibujó algo en mi frente y pómulos antes de restregar una cara de la hoja por mis labios (que mantuve apretados como un bebé que se niega a comer más) hasta limpiar la daga.

El mismo tipejo que había mezclado los botes dibujó con tiza una estrella de seis puntas a mi alrededor. Tras ello volvió a ocupar el hueco que había dejado en el círculo. O lo tenían bien ensayado o habían jugado a aquello antes, porque se pusieron a soltar cánticos todos al mismo tiempo sin que nadie lo ordenase. No entendí una palabra. Invirtieron las cruces que llevaban colgadas al pecho y las alzaron sobre la cabeza. Cantaron más alto. El amanerado hizo diferentes gestos con una mano sobre mi cabeza recitando en tono más bajo que sus súbditos.

Las llamas de las velas se estiraron como gomas de mascar, pero la luz que proyectaban era la misma de antes. Se acuclilló y me pegó un tajo en el cuero cabelludo. Grité de dolor y, por primera vez, de puro terror. Empapó la palma de la mano en mi cabello ensangrentado y salpicó la estrella de seis puntas. Una ráfaga de aire caliente hizo temblar las llamas. Cortó las cuerdas que me mantenían cautiva. Tenía los miembros tan agarrotados que ni por asomo se me ocurrió la idea de plantar cara, ni siquiera cuando dijo:

–Desnudadla.

Entonces se armó todo el jaleo.

Sabía dónde tendría lugar el ritual. Horas antes me había cargado a cuatro de ellos allí y robado la daga y el libro. Ahora sí serían más. Diez en la ceremonia misma (los poderosos), el resto, más o menos igual número, repartidos por el almacén, a la espera. Entre estos últimos

debería estar yo, un miembro más del rebaño, pero que había optado por convertirse en la oveja negra y que en esos momentos era el jodido lobo feroz; nadie me pega un tiro en la cabeza y se va de rositas.

Asomé la cabeza desde el callejón. Nadie en el exterior, no cuando había que evitar llamar la atención, pues se suponía que aquel lugar debía hallarse abandonado. Saqué del saco dos de las botellas de licor que generosamente me había regalado el gordo cuando me dejé caer por el bar y le entregué la otra mitad del dinero. Con los dientes rasgué varias tiras de una camisa vieja. Sumergí los trapos en las botellas, dejando fuera una parte de los mismos. Colgué otra vez el saco a la espalda y me planté ante el almacén. Prendí uno de los trapos y envié la botella a través de la ventana situada al lado de la puerta. La explosión no fue gran cosa, pero bastó para llamar la atención.

Prendí la otra botella. Abrieron la puerta y arrojé el explosivo casero contra las siluetas que se dibujaron en el umbral. Reventó contra el pecho de uno y salió envuelto en llamas que devoraban su ropa, piel y cabello, sacudiendo las manos inutilmente contra las olas llameantes. Dos fulanos quedaron estáticos ante el espectáculo, por lo que no resultaron un incordio. Guardé la pistola, empuñé la Thompson y accedí al almacén, donde barrí a otros dos agujereando sus entrañas. La habitación a la que había enviado la primera botella era donde desarrollaban las timbas, habitación que ahora pertenecía al fuego.

Asomó en una esquina un brazo, una mano y un revólver. Me arrojé de costado y la Tommy escupió a aquel punto sólo para desprender astillas de la madera. Desde el suelo disparé a las piernas del que que tuvo la osadía de abandonar el escondite. Pulvericé ambas extremidades de rodillas para abajo y por un momento distinguí la tibia asomando. Cayó de bruces, la frente contra el suelo. Así y todo tuvo los redaños de intentar agarrar el revólver. Lo recogí yo, pero no malgasté un bala sobre él; nunca hay tiempo ni balas suficientes.

Propiné una patada a una puerta y giré al momento refugiándome en la pared. Una serie de disparos acompañados de improperios agujereó la pared opuesta. Eché mano a otra botella y la lancé dentro sin dejar de parapetarme. En cuanto explotó hice acto de presencia en el cuarto vaciando el cargador de la metralleta sobre cuanto yacía dentro. Acribillé sillones, una mesa, fajos de papeles y tres fulanos que me sonaban de otras ocasiones, cuando respetaba como ellos las órdenes de Stevenson. Las llamas escalaban las paredes de madera vieja.

Salí de la estancia. Un sombra disparó acertándome en el hombro. Retrocedí de espaldas de vuelta a la habitación en llamas gastando las últimas balas para mantener a raya al valiente. El sonido hueco indicó que el cargador había llegado a su fin; había cumplido con todos los honores. La herida del hombro arañaba hueso y me costó horrores sustituir el cargador, el último. Tomé la recortada con el brazo herido y la Tommy con el otro.

El sudor se descolgaba por mi cara lamiendo la sangre seca del rostro como si el fuego a mis espaldas me derritiese. El humo y mi visión anaranjada apenas dejaban distinguir cuanto me rodeaba. Salté al pasillo

disparando a bocajarro con la metralleta mientras avanzaba hacia el lugar en el que se ocultaba el mierdecilla. Quedé sin balas. El tipo sacó medio cuerpo desde detrás de un mueble volcado. Se llevó toda una sopresa cuando le abrí el pecho con un disparo de recortada, cuyos dos proyectiles lo enviaron propulsado contra la puerta cerrada detrás de él, la cual abrió con el impacto. Rodó escaleras abajo hasta la bodega, mi meta.

Con un poco de suerte todavía tendría oportunidad de obtener lo que había ansiado durante seis eternos años.

Capítulo 14

Se volvieron locos cuando comenzaron los disparos. Daban vueltas en círculos como hormiguitas. Alguien abrió la puerta escaleras arriba y gritó que había fuego.

–¡Calma, calma! –dijo el amanerado–. Estamos a punto de lograrlo. No importa cuantos vengan. Ya no.

El de arriba parecía más asustado por causa de los hombres de sotanas rojas que por lo que coño fuese que ocurría arriba.

–Amo, es Slade.

–¿Slade? ¿No se suponía que estaba muerto de una bala en la cabeza? –dijo, mirando a uno del grupo.

Éste replicó:

–Sí, ordené que lo matesen –Reconocí la voz del rubio.

-Amo –dijo el de arriba–, la bala en la cabeza no sé si la tiene, pero desde luego muerto no está.

–De todos modos es un hombre solo. Si no lo matáis al menos mantenedlo a raya. Ya casi hemos terminado.

El de arriba cerró la puerta.

–Os va a joder hasta el final, bastardos hijos de perra.

–Niña estúpida, qué crees que busca en ti, ¿eh? Lo mismo que nosotros.

Las lágrimas me quemaron los ojos.

–Al principio seguro que sí. Ahora viene a rescatarme.

–Oh, sí, es todo un príncipe azul. ¡Que la desnudéis he dicho!

No debía perder la esperanza mientras se siguiesen escuchando disparos. Slade acudía en mi ayuda.

Uno me levantó y otro pasó a quitarme la ropa. Cuando las prendas yacieron desparramadas por el suelo todos los alientos se retuvieron bajo las capuchas. Algunos sollozaron

–N... no es posible. ¿Cómo es posible? –tartamudeó el líder.

De pie, erguí la cabeza con orgullo y sonreí a aquellos mamarrachos.

–¿Qué preferís llevaros a la boca: el coño o la polla?

Capítulo 15

Simplemente estaban allí de pie, inmóviles, sin cánticos ni lecturas del libro, aunque sí soltando llantos. La cabeza y los hombros pecosos de la muchacha asomaban sobre las capuchas, en el centro del círculo. Me saludó con la mano, terriblemente contenta, terriblemente orgullosa.

Rampsey Stevenson se volvió para señalarme con el dedo. Bajó la capucha. Perdió los estribos al gritar en mi dirección.

–¿Tú sabías esto, maldito seas? ¿¡Lo sabías!? –Soltó la daga. Cayó de rodillas y hundió el rostro afligido en las manos.

Descendí las escaleras, la recortada atenta a cualquier movimiento en falso. Se apartaron para abrirme paso. La muchacha dejó de mirarme y enrojeció como nunca vi hacer a nadie. El miembro le colgaba flácido y diminuto, salpicado de una pelusa rojiza. Tenía un solo huevo al lado del coño.

Rompí a reír. Oh, joder, reí como nunca en la vida ha reído nadie. Se me saltaban las lágrimas, me faltaba el aliento.

–¡No tiene maldita gracia! –lloriqueaba a moco tendido Stevenson–. Es la hora y no tenemos dádiva. ¡Los informes no decían nada de esto!

–Por lo menos... -comencé a decir, pero las carcajadas impedían expresarme–. Al menos es virgen, ¿no?

–¡Pero no es una chica!

–Sí soy una chica, hijo de puta.

–Un insulto, eso eres. Sería muchísimo mejor no tener nada que ofrecer. Ahora se sentirá ultrajado. Queda el consuelo de que no completamos el ritual.

Sequé las lágrimas y me acerqué a la muchacha.

–Vístete.

Recogió sus ropas.

–¿Qué crees que estás haciendo? -dijo uno. Bajó la capucha y apareció el cabello rubio ondulado.

–Sacarla de aquí, Yerik. Así no es de utilidad.

–¿Crees que puedes irte así como así tras todo lo que has causado?

–Yo no le colgué una polla a la muchacha.

–Sabes a qué me refiero.

Stevenson recogió la daga y se incorporó. Me disponía a cercenarle el brazo de un disparo cuando cuatro se abalanzaron sobre mí, inmovilizándome. Había odio en sus miradas, algo del todo comprensible. Me sacudí, intenté arrancarles la cara a dentelladas.

Stevenson lanzó un tajo a mi cara. La muchacha se abalanzó sobre él, que le hundió la daga en la clavícula. Ella cerró la mano en torno a la empuñadura y con un grito extirpó la hoja para ensartarla en el cuello de Stevenson, que borbotó con ojos desencajados buscando en vano la daga.

En la parte de arriba se sucedieron una serie de explosiones. El fuego había alcanzado los alambiques. El grupo huyó despavorido escaleras arriba, donde quedaron atascados en la puerta, golpeándose unos a otros

en procura de una vaga oportunidad de huida.
Hinqué una rodilla en el suelo intentando impedir, sin resultado, que la sangre escapase del corte en la cara, profundo hasta la quijada. La muchacha pugnaba por levantarme, resoplando en medio de lloros e insultos.
-Vamos, Slade, salgamos de aquí. ¡En pie, cabronazo!
-No puedo. Ya no...
Se dejó caer de rodillas a mi lado y me abrazó. El contacto hizo arder todavía más mi cara y el hombro, pero ya no me quedaban fuerzas ni para quejarme. Y cuando no puedes quejarte, es cuando en verdad estás jodido. Miré alrededor, a los ilusos que luchaban por atravesar la salida aun cuando el edificio ardía al otro lado. Sonreí a pesar del dolor. Al menos había conseguido algo: llevármelos a todos por delante.
–¿Qué hace esa cosa ahora? -dijo la muchacha.
Seguí su mirada. Era la primera vez que veía en persona al Descarnado, y descubrí que provocaba más risa que miedo. Lo que no me hizo gracia fue advertir qué pretendía.
–¡No! –grité–. ¡Eso no!

El grito de Slade me atravesó el oído. Me empujó a un lado y caminó a trompicones hacia el engendro, boca abajo ante el libro abierto como un perro ante su comida.
–¡No lo hagas! –gritó Slade.
No comprendía cómo tras todo lo ocurrido que el bicho se pusiese a leer el libro le causase tan fuerte impacto. Miró a Slade, volvió a las páginas y con claro tono de voz a pesar de la ausencia de dientes leyó una serie de palabras.
Tembló el suelo. Se desprendieron del techo nubes de polvo. Hileras de botellas cayeron de las estanterías y un barril rodó al encuentro de Slade, que lo esquivó con un movimiento de borracho que no sé si fue calculado o casual. Las llamas de las velas aumentaron hasta semejar copas de árboles alcanzadas por un rayo.
La estrella de seis puntas brilló en tono carmesíes. Slade retrocedió hasta situarse a mi altura.
El de pelo arenoso, que Slade había llamado Yerik, dijo eufórico:
–Está ocurriendo.
–¿Era esto para lo que me queríais?
–No –dijo Slade–. Está furioso porque terminaron de llamarlo sin ofrenda que recibir.
–¿Qué está furioso?
–¡Él! –respondió Yerik con ojos brillantes.
De la luminiscente estrella brotó un brazo musculoso y velludo, cuya pesada mano se estampó contra el suelo, lo cual provocó que los cimientos temblasen más. Trozos del techo se desprendieron. El lugar que había golpeado aquella zarpa se derritió.
–¡Oh, Amo, bienvenido seas!

Yerik se arrodilló. Llevó las manos al pecho, oscilando. Entonces surgió el otro brazo y lo que fuese que quería salir se impulsó hacia arriba. Grité cuando descubrí dos cuernos negros enrevesados.

Necesitaba la sangre de una virgen y los rezos de sus seguidores para aparecer sin esfuerzo, pero tarde o temprano lograría abandonar las profundidades en las que se había estado revolcando hasta entonces. El rostro bovino abrió la boca para mostrar dientes amarillos. Al resoplar por el esfuerzo de la tarea manaban de su ancho hocico nubes azuladas. Los ojillos sobresalían como pústulas. Con mi visión defectuosa parecía todavía más podrido de lo que ya era en realidad.

Alargó una mano y cerró los dedos en torno al Descarnado. Lo estrujó como a una uva y le salieron las entrañas por el culo. Arrojó el cuerpo vacío a la parte superior de las escaleras, donde algunos habían conseguido atravesar la puerta para quedar a merced de las llamas.

Nos miró de soslayo y contrajo los labios en una mueca sonriente y cómplice, lo cual fue más de lo que mi cordura pudo soportar. Miré arriba, donde quedaban algunos rezagados peleándose, caras desfiguradas que miraban abajo, a lo que nacía de las profundidades del infierno. Recogí la recortada y con manos temblorosas abrí fuego sobre el grupo de túnicas rojas; no era preciso demasiada puntería, embotellados como estaban.

–¿Qué haces? –preguntó la muchacha.

-Abrir camino.

Los cuerpos agujereados rodaban escaleras abajo. Los que no maté aprovecharon para salir. Recargaba la recortada sin ofrecer respiro al gatillo hasta que no encontré más cartuchos en los bolsillos. Abandoné para siempre la escopeta y tomé entonces la mano de la muchacha, tirando de ella como tantas ocasiones antes.

–¡Ahí arriba hay un incendio! –dijo.

–Y aquí abajo un demonio.

Subimos a saltos las escaleras. Privé a tres muertos de sus sotanas y obligué a la muchacha a efundárselas. Quedó guarecida, aunque lo más probable es que lo mismo diese tres que veinte. Le indiqué que iba a cogerla en brazos.

–Tienes el brazo jodido. No podrás conmigo.

–Podré.

Fue como si me ensartasen hierros candentes bajo la piel hasta alcanzar el hombro, pero la adrenalina me hizo resistir. Miré atrás. El demonio sacaba ahora una rodilla, la posaba en nuestro mundo. Yerik seguía adorándolo, lameculos hasta el final.

Abandonamos la bodega.

Capítulo 16

El calor derretía hasta los dientes, pero en cierto modo era soportable. Lo peor era el humo. Llevaba las capuchas caladas y ocultaba boca y nariz con las mangas, pero aún así el humo llegaba a mis pulmones. Veía desde aquella posición la cara roja de Slade, los ojos llorosos, las venas hinchadas, el cabello rubio salpicado de hollín, la herida abierta en la mejilla, así como el balazo que no había tenido los huevos de acabar con él. Corría, tropezaba, aguantaba el equilibrio, evitaba las llamas que emergían de suelo, techo y paredes intentando atraparnos.

Tropezó cuando giró sobre sí al evitar una nueva oleada de fuego y dimos con los huesos en el suelo. Joder, hervía. Ascuas del techo caían sobre ambos como copos ardientes. Las sotanas soltaron hilillos de humo. Me puse a gatas para incorporarme y aun con las anchas mangas que me iban largas sentí que me quemaba las palmas. Busqué por Slade entre el humo. Estaba tendido a mi lado. Había golpeado con la mejilla abierta en el suelo, y sus gritos quedaban atrapados bajo la tos. Se incorporó hundiendo (debido al fuego, casi literalmente) las manos en las tablas para liberar la cara del calor. Se le derretía la piel de las manos, dejaba media rostro en el suelo, y se negaba a morir. Propinó un tirón y dejó la mejilla atrás, chamuscándose. Quería tomarme de nuevo en brazos, pero comprendió que el estado de sus manos impediría hacerlo: eran ahora llagas rojizas y purpúreas, poco más que muñones. Un lado de la cabeza era un desaguisado de hueso y cabello quemado, pero aún así tuvo cojones y sonrió; de modo tétrico y asqueroso, aunque sonrisa al fin y al cabo.

Lanzó un profundo alarido, pasó las manos tullidas bajo mi cuerpo y de un impulso nos arrojamos contra la ventana más cercana.

Giró sobre sí dejándome a mí arriba. Tuve tiempo de comprobar cómo el fuego convertía la noche en un dominio anarajando antes de que Slade embistiese el suelo y yo su pecho.

Todo reventó dentro de mí. Costillas. Pulmones y demás órganos. La visión se tiñó de sangre. La muchacha despegó la cara de mi pecho aplastado y me miró conmocionada. No enfocaba bien la mirada. Intentó hablar. No lo consiguió.

El almacén se vino abajo. Entre los escombros y el fuego apareció la silueta, a punto de sacar el pie del agujero, sacudiéndose, emitiendo gruñidos que causaban delirios.

Empujé a la muchacha a un lado sintiendo entrechocar todo en mi interior como un saco lleno de tuercas y clavijas oxidadas. Gateé hacia el incendio sumido en toses sanguinolentas. Ella tiró de mí, alejándome de los cimientos.

-¡Slade, no, qué haces!

Quise tomar su cara entre las manos para sacarla de mi camino, pero al

tratarse de dos protuberancias carbonizadas, lo que hice en cambio fue golpearle el pecho con el codo. Se hizo a un lado tosiendo. Aproveché para recorrer los último metros de mi vida, aunque no de mi existencia.

Intenté impedir que volviese a las llamas. Lo único que conseguí fue agarrarlo por un pie y quedar con su zapato en la mano. Se incorporó doblado hacia delante y miró sobre el hombro en mi dirección con el lado de la cara destrozado. Después se lanzó a las llamas, a los brazos del monstruo.

Durante una milésima de segundo noté la ropa arder; lo que quedaba de piel en la cara derretirse. Caí en el regazo del demonio. Las llamas se reflejaban en sus ojos bovinos.

Segundos antes de que se me carbonizasen pulmones, tráquea, cuerdas vocales y lengua grité la frase que había pronunciado el Descarnado, salvo que al revés.

Y segundos antes de que se me carbonizasen tímpanos y cerebro escuché sus gritos de derrota y comprendí que lo devolvía a los profundidades.

Una columna de fuego creció al mismo tiempo que lo hacían gritos de lamento, de humillación. La figura demoniaca desapareció engullida por el mismo portal que pretendía atravesar. Cenizas cayeron sobre mi cara. Las lágrimas que derramé por Slade limpiaron mis mejillas.

No conté ni a los agentes ni a mis padres adoptivos ni al psiquiatra lo que había ocurrido en el almacén; sólo que me secuestraron unos chiflados y que un hombre llamado Slade me salvó de ellos.

A veces, en las horas más profundas de la noche, despierto arrugando la nariz por causa del olor a carne quemada para volver a caer rendida con un aleteo en el oído que susurra "muchacha".